

ARTICULOS

La “tercera línea” de liderazgo peronista en localidades “extracéntricas” de la provincia de Buenos Aires, 1945-1955

The “third line” of leadership Peronist in localities “extracéntricas” of the province of Buenos Aires, 1945-1955

Alejandra Salomón

Universidad Nacional de Quilmes

asalomon@unq.edu.ar

Resumen

En este trabajo examinaremos la función mediadora de los líderes políticos locales en la construcción de los cimientos de la identificación con el peronismo bonaerense. Éstos, sin ser colaboradores directos de Perón, desempeñaron un rol fundamental a la hora de generarle fuerza política y prestigio al peronismo en localidades “extracéntricas”, alejadas de los centros de poder e insertas en contextos rurales. ¿Es posible denominarlos como la “tercera línea” de liderazgo peronista? Para responder esta incógnita, exploraremos desde una perspectiva microanalítica las trayectorias y creciente participación en la esfera política de algunas figuras que les permitieron, en mayor o menor grado, convertirse en referentes políticos locales y constituir bases sociales. Nos preguntamos cuál era el fundamento de legitimidad de su poder y cuál era el margen de autonomía con el que contaban respecto a las instancias de poder provincial y nacional.

Palabras clave: Peronismo; Líderes; Localidades “extracéntricas”; Legitimidad; Autonomía.

Abstract

In this work we will examine the mediating function of the political local leaders in the construction of the foundations of the identification with the Buenos Aires Peronism. These, without being direct collaborators of Perón, recovered a fundamental role at the moment of generating power and prestige to the Peronism in localities “extracéntricas”, removed from the centers of power and you insert in rural contexts. Is it possible to name them as the “third line” of leadership Peronist? To answer this mystery, we will explore from a microanalytical perspective the paths and increasing participation in the political sphere of some figures that allowed them, in major or minor degree, to turn into political local modals and to constitute social bases. We ask ourselves which was the foundation of legitimacy of his power and which was the margin of autonomy which they were possessing with regard to the instances of provincial and national power.

Key words: Peronism; Leaders; Localities “extracéntricas”; Legitimacy; Autonomy.

1. Introducción

En las últimas décadas, el peronismo histórico ha sido explorado como un hecho político complejo, de composición heterogénea, con una concepción del mundo ecléctica y con diferentes fases y matices. Alejándose de una historiografía demasiado centrada en las figuras de Perón y su compañera a la hora de explicar las razones de la movilización y la participación de las masas en la vida política, recientes trabajos abordan el desempeño de los intermediarios en la configuración del peronismo (Macor e Iglesias, 1997; Macor y Tcach, 2003; Aelo, 2004; Marcilese, 2004 y 2008). Dentro de esta nueva corriente, un valioso aporte ha sido el de Raanan Rein (1998) quien,



cuestionando las hipótesis populistas (analizadas en Zanatta, 2008; De la Torre, 2008 y Dossier de la *Revista de Ciencias Sociales*, 2010 (1)). Logró demostrar que el éxito del peronismo fue imposible sin la función mediadora de personalidades provenientes de diversos sectores sociales y políticos que contribuyeron a reclutar apoyos, a estructurar el liderazgo y a modelar la doctrina peronista. A la vez, el desempeño de la “segunda línea” que acompañó a Perón en el gobierno nacional pone al descubierto las luchas internas, la diversidad de políticas y la inestabilidad dentro de la coalición.

La propuesta de explorar a los intermediarios como la segunda línea del poder peronista es, sin duda, una atractiva vía para adentrarse aún más tanto en los entramados de la formación del movimiento y de su organización como fuerza política como en las disputas internas dentro del “Estado peronista.” Pero el tema no se agota sólo con las figuras más sobresalientes de la primera administración pública. Despierta interés el análisis de líderes locales que, sin ser colaboradores directos de Perón, desempeñaron un rol fundamental a la hora de generarle fuerza política y prestigio al peronismo en zonas “extracéntricas” alejadas de los centros de poder e insertas en contextos rurales. En estas zonas, la ruralidad condiciona las relaciones sociales y políticas (Williams, 2001; Macor y Tcach, 2003).

La importancia de lo local ya fue advertida por varios autores. Richard Walter, en su estudio sobre la política en la provincia de Buenos Aires entre 1912 y 1943, enfatizó que la calidad de los líderes y la organización locales eran tan importantes como la composición socioeconómica del electorado –o quizás más- en la determinación del éxito electoral radical o conservador. Por eso, los talentos del caudillo o jefe político local eran particularmente relevantes, pues él conocía bien la situación específica de su ámbito, la naturaleza peculiar del electorado y los métodos de obtener apoyo para su partido (Walter, 1985: p. 34; Rock, 1992: pp.124-127). Los trabajos de Julio César Melon Pirro y Ana María Mustapic también impregnan esta visión, destacando el peso decisivo de los jefes políticos locales en la configuración de la trama de relaciones del Partido Conservador (Melon Pirro, 1994; Mustapic, 1987). Marcela Ferrari refuerza el papel de los líderes locales en la construcción de las identidades políticas y el comportamiento electoral entre 1913 y 1934 (Ferrari, 2010). María Dolores Béjar aporta al estudio de éstos en la década de 1930 al afirmar la importancia de su rol: estaban capacitados para distinguir amigos de adversarios, y para concretar las presiones y los favores que intervenían en la producción del triunfo del oficialismo. No obstante, su margen de acción dependía del juego de relaciones políticas que se desplegaba en el plano nacional (Béjar, 2005 pp. 15-16). Una investigación de Marcilese analiza el funcionamiento de los liderazgos locales en el peronismo de Bahía Blanca, destacando una relativa autonomía que procuró ser neutralizada por el propio Perón (Marcilese, 2004).

Partiendo de la base de que los municipios eran ámbitos propicios para construir y consolidar el poder político, desde una perspectiva microanalítica (2) en el presente artículo estudiaremos la

función mediadora de los líderes políticos locales a la hora de construir los cimientos de la identificación con el peronismo. ¿Es posible denominarlos como la “tercera línea” de liderazgo peronista? La hipótesis rectora de este apartado es que el liderazgo de Juan D. Perón, por sí solo, no bastó para consolidar al peronismo como identidad política y opción electoral privilegiada. Para ello habrían sido esenciales los líderes políticos locales, quienes se erigieron en representantes de aquel en el distrito. Pero debían refrendar esta legitimidad emanada desde arriba con lealtades subalternas, basadas en trayectorias individuales, capacidades y/o vínculos anclados en el municipio.

Para demostrar la hipótesis analizaremos las trayectorias de algunos referentes políticos de Pergamino, Coronel Pringles y Chascomús (3). Frente a un posible cuestionamiento de la representatividad de los ejemplos, planteamos que ellos ocupaban un lugar político relevante y encuadraban en el molde político-social de las localidades. Por lo que, a nuestro criterio, son fieles exponentes de las sociedades de las cuales formaban parte. Por otro lado, asumimos que esta investigación requiere estudios posteriores que amplíen la indagación de las dirigencias locales. Aquí pretendemos marcar una interesante arista desde la cual observar la construcción del poder político peronista en localidades “extracéntricas”.

2. Los líderes políticos locales

Una forma de acercarse al análisis del liderazgo político puede ser a través de las formas de dominación legítima que señaló Max Weber: la legal, la tradicional y la carismática. Estos tres tipos de dominación expresan distintas formas de ejercer el liderazgo. Empero, resulta poco usual encontrar una forma pura, siendo lo más frecuente la combinación de características de los tres modelos (Weber, 1992).

La noción de liderazgo está ligada a la de poder, dado que su uso es condición básica para que la influencia del líder sea efectiva. A su vez, el poder no presenta un sentido unidireccional sino que es una red de relaciones. La más conocida y sintética definición del concepto relacional del poder es la de Robert Dahl, quien plantea que por poder se debe pensar una relación asimétrica entre dos sujetos de los cuales el primero obtiene del segundo un comportamiento que éste de otra manera no habría realizado. De acuerdo al autor, al evaluar el proceso de las decisiones (detectando quién propuso algún cambio y quién se opuso a él, quién ganó y quién perdió) se tendría la mejor radiografía del mismo. La prueba del poder es, entonces, la decisión. (Dahl, 1968).

Angelo Panebianco, en su estudio sobre la organización y el poder en los partidos políticos, afirma que los recursos de poder del líder están ligados al control sobre las “áreas de incertidumbre organizativa”, es decir, sobre todos los elementos que podrían amenazar la supervivencia y la

organización del orden interno del partido. Para ello los líderes cuentan con los incentivos organizativos, ya sean éstos colectivos (de identidad) o selectivos (materiales y de status). Seis recursos, que tienden a ser acumulativos, implican la posesión de poder dentro de una organización: la competencia (capacidad de conducción), la gestión de las relaciones con el entorno, el control sobre las comunicaciones internas, la interpretación de las reglas formales, la financiación de la organización y el reclutamiento. En suma, un líder es quien, gracias al control de las “áreas de incertidumbre”, es centro de una organización de fuerzas internas del partido (en los juegos de poder horizontales) y capaz de negociar con otros actores (en los juegos de poder verticales). Se ubica así en una posición central dentro de la “coalición dominante” (Panebianco, 1990: pp. 83-94).

Con este bagaje teórico como espina dorsal de nuestro trabajo, definimos al líder político como aquel que, gracias a su personalidad, trayectoria y relaciones interpersonales, es capaz de persuadir y movilizar personas de una organización o comunidad tras determinados fines de la sociedad. Para ello, el líder busca controlar una estructura partidaria y acceder a cargos estatales, lugares privilegiados para la toma de decisiones. Pero no sólo el poder deriva del control de un partido político y del aparato del Estado, dado que hay otros espacios relativamente autónomos del poder que contribuyen con la construcción del liderazgo. Manejar otros tres resortes dota un plus de poder frente a otros actores de la vida política: buenas relaciones con instancias político-partidarias superiores, acceso a los medios de comunicación e influencia sobre instituciones claves de la localidad (Mills, 1993: pp. 36-50). Otras competencias útiles son la capacidad de interpretar las reglas formales, de controlar los canales de financiación y de decidir sobre el reclutamiento.

El agregado del adjetivo “local” al concepto de liderazgo político alude a su capacidad de construir una base de poder asentada principal pero no exclusivamente en una localidad. Un líder local es aquel que, conociendo los problemas y las necesidades del distrito municipal, es idóneo para ejercer niveles de influencia sobre el comportamiento de la comunidad con el fin de alcanzar fines comunes. De allí que en la relación entre líder y seguidores confluyen las capacidades de aquel y las condiciones históricas en las cuales actúa. Esta noción rompe con la visión simplista centrada en aspectos personalistas y carismáticos del líder. Lejos de eso, todo líder político es un producto social resultado de la interacción de una serie de variables: características personales (atributos de personalidad y habilidades), relación con las expectativas de los seguidores y contexto histórico en el cual se desempeña. (Michels, 1991: pp. 110-117).

Por ende, las personas que son líderes en un determinado momento histórico o en un lugar particular no lo serían en otros. Por otro lado, cualquier lista de cualidades no debe entenderse como algo objetivamente per se, sino como una percepción por parte de sus seguidores que otorga un “principio moral” a la gobernabilidad (Mosca, 2002). Como afirma Bourdieu, el capital

político es una forma de capital simbólico, asentado en innumerables operaciones de crédito por las cuales unas personas confieren a otras los propios poderes que ellos les reconocen. De esta manera, el liderazgo no es una propiedad del líder, sino una relación entre éste y sus seguidores. Bourdieu plantea la existencia de dos tipos de capital político, el que se gana “por delegación” y el que se detenta a “título personal”. Este último, a su vez, deriva de la “notoriedad” o la “heroicidad”. En el primer caso remite a la popularidad originada en la reputación o a la posesión de una cualificación específica. En el segundo caso alude a la realización de alguna acción fundacional efectuada en una instancia crítica. (Bourdieu, 1989: pp. 88)

El enfoque centrado en los liderazgos locales conduce a la indagación de las vinculaciones sociales primarias operadas a nivel municipal y la manera en que éstas influían en la esfera pública. Además, lleva a explorar la distribución del poder en ámbitos locales. Al respecto, Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (2005) postulan tres métodos de investigación empírica para estudiar la distribución del poder en una comunidad. Uno de ellos, aunque presenta limitaciones, es el método posicional. Éste consiste en identificar las personas más importantes en aquellos que tienen una posición formal de vértice en las jerarquías públicas y privadas más importantes de la comunidad. Así como este método es relativamente simple, también puede dar lugar a confusiones, puesto que no siempre hay una correspondencia entre el poder efectivo y la posición ocupada formalmente. Por eso, sólo tomaremos este método como un indicador con el objetivo de averiguar las superposiciones entre los ocupantes de cargos importantes en organizaciones civiles y los de cargos político-partidarios.

Otro método de investigación es el estimativo. Éste se funda especialmente en el juicio de algunos miembros de la comunidad estudiada que, por las funciones o misiones que desempeñan, son considerados buenos conocedores de la comunidad misma. Si bien esta táctica explora el poder estimado y no el efectivo, constituye un indicador que deberá ser reforzada con otros métodos.

Un tercer método es el decisonal, que examina la participación de las personas, las organizaciones y los grupos de presión que se dedican a tratar de influir en el resultado de iniciativas políticas concretas en un arco variado de áreas problemáticas. También este método ha sido criticado por, entre otros motivos, no tomar en cuenta los condicionamientos estructurales y ser incapaz de reconstruir de manera confiable la distribución del poder en una comunidad.

La combinación de los tres métodos permite generar una lista de personas y de sus conexiones entre ellas y con las organizaciones y sus problemas, lo cual abre tres líneas de investigación. Primero, ¿en qué estaba basada la posición de poder de los líderes peronistas locales? Segundo y vinculado a lo anterior, ¿cómo ejercían ese poder? Por último, ¿cuál era el fundamento de legitimidad de ese poder? ¿Prevalcía una concepción descendente en la cual la autoridad última era la del propio Perón? ¿O predominaba una concepción ascendente en la cual la autoridad última era la de la comunidad local? Concebidos como ficciones, los dos principios se

complementaban, otorgándoles a los líderes locales un doble fundamento de legitimidad.

3. La “tercera línea” de liderazgo peronista

Creemos que no existía una correlación simple entre una determinada composición socioeconómica y su apoyo al peronismo. La pauta de comportamiento de los votantes era compleja, por lo que sería erróneo considerar al Partido Peronista como un partido que representaba exclusivamente a los trabajadores. Por más que éstos hayan sido la base principal del partido, es indudable que éste atraía votos de distintos sectores sociales. Por ese motivo, fueron necesarios líderes con características peculiares que, posicionados como “soldados” de Perón, conquistaran distintas fracciones del electorado. Fue justamente su capacidad de responder a un amplio espectro social lo que le permitió al peronismo triunfar en distritos con diferentes perfiles socio-políticos.

Los líderes políticos locales se ubicaban como bisagra entre el poder local/provincial/nacional y el electorado local, lo que les confería una presencia nada despreciable en el esquema de poder del peronismo. Con su prestigio personal, su conocimiento de la situación reinante en el distrito y su capacidad para conseguir apoyo, se erigieron como los pilares del sistema político. Por un lado, fueron canales para la transferencia a las localidades de ideas y conceptos que se estaban cristalizando en la cúpula del poder. Encarnaban la presencia visible de Perón en la localidad, eran quienes marcaban el camino. Pero no eran simples transmisores, sino intérpretes. Es decir, personas que emitían la voz de Perón pero la desentrañaban a la luz de la realidad local. De allí que sus discursos no fueran copias exactas de los emitidos por el Líder.

A la vez, era el líder local el representante de la comunidad ante las autoridades superiores. Su principal capital político era el conocimiento del ámbito local, el cual le permitía dominar la situación comunal y en base a ello insertarse en el plano provincial y nacional. Asimismo, su fidelidad a Perón y a los líderes provinciales le aseguraba conexiones redituables que, llevadas al plano comunal, aumentaban su caudal político. Después de todo, la influencia del líder político local se basaba en la obtención de beneficios para la localidad. El político capaz de pavimentar una calle o mejorar un camino, en especial con fondos ajenos a su distrito, acrecentaba su reputación.

Los líderes locales tenían cierto margen de independencia respecto a los niveles superiores de la estructura político-partidaria, por supuesto siempre dentro de ciertos límites. A pesar de la tendencia del régimen peronista a centralizar la toma de decisiones y a homogeneizar el movimiento, es posible encontrar algunos bastiones de autonomía municipal. Para la conservación de la misma, fue fundamental contar con el aval de la policía y los jueces de paz. De allí que la capacidad de maniobra de los líderes locales se amparaba en los vínculos que con ellos pudieran establecer, lo cual era funcional a su lógica política tendiente a neutralizar cualquier oposición que

actuara dentro de su jurisdicción.

Además de la relación de los líderes locales con las autoridades partidarias superiores, provinciales y nacionales, para el desarrollo de las carreras políticas de los líderes era fundamental construir un entramado de redes de apoyo local. En momentos en los cuales los medios de comunicación masiva no desempeñaban el papel que cumplen en la actualidad, en pequeñas localidades alejadas de los centros de poder era imprescindible el contacto personal del líder con los vecinos. Un fragmento de un editorial de *El Argentino* lo ilustra con una notable claridad: *“En un medio como el nuestro, donde lo reducido de la sociedad permite el amplio conocimiento de todos los elementos actuantes de la misma, la presentación de los candidatos parece ser innecesaria.”* (El Argentino, 12-03-1954).

La personalidad del líder local tenía particular importancia, así como la lealtad y el compromiso personales que era capaz de suscitar entre los votantes. Las notas periodísticas proporcionan una descripción acertada de este personalismo, al igual que las entrevistas. Esta característica ayudaría explicar por qué los gobiernos provincial y nacional procuraron contrarrestarlos, acentuando los rasgos homogeneizadores y centralistas del movimiento peronista.

En general, los liderazgos locales no subsistían si las autoridades político-partidarias superiores no los respaldaban, ya que éstas contaban con un amplio margen de maniobra para quebrantarlo. Con un relativo margen de autonomía aquellos podían sobrevivir, pero les era muy difícil escalar posiciones, dado que las autoridades supralocales eran capaces de frenar su ascenso. Por ejemplo, su indiferencia frente a las fricciones internas o el uso discrecional del rumor podían amplificar la rivalidad entre facciones en pugna y, en consecuencia, acelerar la desestabilización del poder político de un líder. Por lo tanto, si bien los líderes locales contaban con gran poder, su posición era vulnerable. Naturalmente, se debilitaba al máximo cuando el gobierno provincial pasaba a estar ocupado por un opositor. En este caso, el líder local afrontaba la posibilidad de que mermara o finalizara el flujo de ayuda externa, del cual dependía su poder. Aún peor, podía ser intervenida su comuna y desplazado del cargo. Así como el gobierno nacional era capaz de intervenir las provincias, los gobiernos provinciales estaban facultados para hacer lo mismo en las municipalidades, reemplazando a los concejales e intendente por comisionados. Éstos ejercían el poder hasta la celebración de las siguientes elecciones. Por lo tanto, tales intervenciones significaban el fin del poderío político de un líder local. A lo largo del período 1946-1955 hubo varios casos de intervención provincial en los gobiernos locales, casi siempre por motivos políticos.

Por otra parte, algunas políticas emanadas de las autoridades político-partidarias provinciales y nacionales, acompañadas de todo un bagaje discursivo, evidencian un progresivo proceso de centralización y verticalismo tendiente a menguar el poder de los líderes locales y de organismos políticos extra-partidarios. La eliminación de los comicios internos como forma de elección de las

autoridades partidarias a partir de 1950 es sólo un ejemplo de dicha tendencia. A lo mismo apuntó la disposición del interventor partidario de la provincia de Buenos Aires, Bernardino Garagusso, en diciembre de 1949 de que cada facción que compitiera en las elecciones internas lo hiciera con un color y una letra, y no con el nombre de su líder. En 1952, la suspensión de agasajos en honor de candidatos o funcionarios buscaba contrarrestar la proliferación de liderazgos alternativos al de Perón. La modificación de la estructura de las Unidades Básicas a partir de 1952 las reducía a órganos administrativos despojados de personalismos. Otra de las disposiciones del Consejo Superior del Partido Peronista reglamentó la campaña electoral de 1954, centrándola en la figura de Perón y aislándola de cualquier otro protagonismo. Este conjunto de medidas demuestra que lejos se estaba de un partido burocrático, verticalista y homogéneo. Por el contrario, éste contaba en sus filas con figuras que, a los ojos de la cúpula, menguaban el poder y disolvían la red de fidelidades hacia el Líder. De esta manera, podemos reconocer en los niveles locales de la estructura partidaria líderes que contaban con un cierto margen de independencia que procuró ser neutralizada por los órganos partidarios superiores con variado grado de éxito.

En base a lo expuesto, proponemos la hipótesis de que es posible denominar como “tercera línea” de liderazgo peronista a los intermediarios con influencia centralmente local que contribuyeron a conformar y consolidar el movimiento liderado por Juan D. Perón. Esta conjetura, tal como plantea Raanan Rein (2006: p. 18), cuestiona la premisa asumida por muchos investigadores del populismo, acerca del supuesto lazo directo entre el líder y las masas.

Por sí mismo, Perón fue incapaz de entablar un vínculo permanente y personal, puesto que requirió de la colaboración de mediadores. Éstos no fueron en general partidos políticos ni sindicatos de viejo cuño, sino personas acreedoras de cierto prestigio en el pago chico que contribuyeron al ascenso y a la construcción de la fuerza política de Juan D. Perón en el plano nacional y de Domingo Mercante en el plano provincial. En este sentido, la posición que los actores ocupaban en el espacio social junto a la experiencia político-partidaria y al respaldo por parte de las autoridades superiores fueron pilares en la construcción de liderazgos locales en localidades “extracéntricas”.

En base a nuestra investigación, concluimos que muchos líderes peronistas locales no contaban con antecedentes políticos, siendo el peronismo su primera experiencia partidaria. Con frecuencia, los que sí acreditaban trayectoria política se habían iniciado en el radicalismo. En los casos en que carecían de una carrera política previa, era clave su práctica gremial, su profesión o su participación comprometida en entidades de bien público. Detrás de una u otra actividad laboral o comunitaria, subyacía el arraigo con las necesidades locales, lo cual contribuía a lograr trascendencia política.

Una cantidad considerable de líderes locales peronistas eran hombres sin grandes fortunas y poseedores de oficios modestos (como obreros y empleados municipales). Pero papel nada

despreciable tuvieron aquellos que habían recibido una instrucción formal (como profesionales de la salud, maestros, abogados y periodistas). Éstos, en las poblaciones pequeñas como las que estamos analizando, tenían gran visibilidad pública y estrecha vinculación con el Estado. Se trataba de personas educadas de clase media que compartían su vida cotidiana con la comunidad y que actuaban en un radio amplio que llegaba a cubrir varios barrios de la localidad. Identificados con las necesidades de amplios sectores sociales, como la salud, la justicia y la educación, lograron construir una plataforma política que les granjeó un respaldo no exclusivamente de sectores marginales.

La acción de los profesionales universitarios fue decisiva para incrementar los apoyos partidarios al peronismo. El título de médico constituyó un recurso que forjó estrechos vínculos (Quiroga, 2008; Aelo, 2004). Ciertamente, la escasez de médicos en el interior bonaerense, y especialmente en comunidades rurales, le otorgaba a cualquier persona con ese título una enorme ascendencia. Por ejemplo, una nota aparecida en *La Opinión* advertía la preocupación de la población de Rancagua debido a la falta de un médico estable: *“Los pueblos de la campaña (...) requieren, por lo menos, los servicios permanentes de un médico. Esto se hace sentir aún más durante la época invernal, en que es siempre mayor el número de enfermos, aparte de que las lluvias propias de esa estación ponen a los caminos naturales prácticamente intransitables”* (La Opinión, 25-04-1955).

De modo que los pocos facultativos que se afincaban en las zonas rurales gozaban de gran estima y aprecio. A los ojos de la comunidad, el médico era una figura humanista asociada a una necesidad prioritaria: la posibilidad de recobrar la salud. Viajaba mucho, apaleaba extensas jornadas de trabajo, conocía bien a sus pacientes y prestaba un servicio muy valorado, capaz de capitalizar votos de gente agradecida. Además era usual que emprendiese, junto con otros vecinos, funciones vinculadas con el progreso de la comunidad. Formaba parte de asociaciones de fomento, comisiones vecinales, sociedades de beneficencia, etc. Lógicamente, la participación comprometida con los intereses generales del municipio, sumada a su rol específico, cobraba una dimensión incalculable ante los ojos de la comunidad. A su vez, si la persona tenía conexiones e integraba un partido político podía obtener fondos del Estado provincial o nacional para crear una escuela, mejorar la infraestructura de un hospital o pavimentar calles. Y también era factible obtener algún cargo en el hospital o en el gobierno municipal. Varios médicos se convirtieron en políticos (por ejemplo, los médicos pergaminenses José Gutiérrez, Ángel Lapolla, Pedro Poraccia y Luciano Becerra se volcaron al peronismo. Lo mismo sucedió con el odontólogo Mario López Osornio), con lo cual se erigieron en intermediarios claves entre la sociedad y el estado. Sobre este tema, constituye un aporte interesante el de José Marcilese, quien encontró que un alto porcentaje de médicos bahienses eran afiliados peronistas. Este hecho lo llevó a reflexionar sobre la vinculación de los sectores medios de la población con el peronismo, tradicionalmente pensado

como movimiento político de los sectores asalariados (Marcilese, s/f).

Similar importancia adquirieron varios maestros (por ejemplo, el chascomunense Ramón Lescano y la pringlense Paulina Menna). La representación social que sobre ellos tenía la comunidad era muy positiva: eran quienes asumían la noble función de educar a sus hijos. En este caso también solían cumplir un doble papel: como especialistas y como integrantes de alguna asociación en defensa del bien común. Muchos veían con buenos ojos la política educativa del gobierno, que se dirigía especialmente a los sectores tradicionalmente marginados del sistema y tendía a superar las desigualdades en la distribución de la educación. Asimismo, el peronismo se ocupó de las necesidades de los docentes, en el marco de una clara tendencia reglamentarista y ordenancista del campo técnico-profesional; aunque no reconoció como interlocutoras a las agrupaciones docentes tradicionales (Puiggrós y Bernetti, 1993: 208). Por otro lado, es preciso no desconocer que durante su gobierno, Perón transformó progresivamente el sistema educativo oficial en un engranaje de su poderosa máquina de propaganda, convirtiendo a las escuelas en centros de adoctrinamiento para la juventud (Plotkin, 2007).

Los abogados, simples vecinos especializados en litigios judiciales, adquirieron notoriedad pública (por ejemplo, el pergaminense Miguel O' Brien). La jerarquía que logró el sistema de justicia era un hecho reconocido por todos (Marcilese, 2006). La creación de los tribunales laborales, el creciente número de demandas iniciadas y la mayor ecuanimidad legal constituyen pruebas irrefutables. La prensa local se hacía eco de este fenómeno, publicando periódicamente los fallos emitidos por el Tribunal de Trabajo, el Juzgado de Paz y la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires. Un abogado que se hizo tributario de gran popularidad fue Juan Atilio Bramuglia, quien fue asesor letrado sin remuneración de la Unión Ferroviaria. Como especialista en temas gremiales, publicó trabajos periodísticos, ensayos y notas y se hizo una figura conocida y con influencia en la cúpula del movimiento sindical (Rein, 2006: pp. 91-148). Lo mismo sucedió en el interior bonaerense: además de las representaciones individuales, muchos abogados estaban contratados por instituciones locales como asesores legales.

También los periodistas, y en particular los propietarios de periódicos locales, desempeñaban un lugar de amplia visibilidad pública en el ámbito local (por ejemplo, el pringlense Gregorio Cejas y el chascomunense Antonio Rouco). Desde sus páginas eran portavoces de la ideología política con la cual se identificaban. Las notas estaban teñidas de un gran tinte subjetivo. En consecuencia, los periódicos locales eran actores políticos profundamente involucrados en las luchas políticas. Vale destacar que en los pueblos como los que estamos analizando prevalecía la lectura de la prensa local por sobre la de circulación nacional.

Para demostrar la importancia de los liderazgos locales en localidades "extracéntricas" examinaremos el rol de algunas figuras en el surgimiento del peronismo, en la organización partidaria interna y en la estructura de gobierno local, provincial y nacional, así como su inserción

en la sociedad civil. Asimismo, exploraremos sus estrategias discursivas para ganar respaldo político, procurando evaluar cuál era la representación sobre su papel dentro del peronismo. En este trayecto, reconstruiremos, con las escasas fuentes disponibles, las biografías políticas de ciertos personajes que lograron convertirse en líderes políticos locales dentro del arco peronista. Una de las riquezas del método biográfico es que permite articular sucesos y experiencias de vida, en un contexto socio-histórico determinado, con otras personas con quienes han construido lazos sociales (Sautu, 1999). Por lo tanto, las características y las conexiones de los líderes nos dicen algo sobre la sociedad en que éstos vivían (James, 2004).

4. Ascenso y caída de Diego García

En el surgimiento del peronismo de Pergamino se destacaron aquellos referentes que poseían alguna experiencia en el campo político (en particular, radical) o sindical. La aparente cohesión del conglomerado peronista culminó, a partir de los comicios de 1946, en una aguda competencia que se manifestó con gran intensidad en las elecciones internas de 1947. Las rivalidades generaron la formación de facciones internas, entre las que se desatacaron dos grupos principales: el radical renovador y el laborista (este último, a su vez, subdividido). En el caso del sector radical, su núcleo central lo constituyó un grupo vinculado a los gremios (integrado por, entre otros, Miguel O'Brien, Miguel Giuliano, Miguel Musacchio y Guillermo Ball Lima), en el cual el protagonismo era muy disputado. El otro sector, el laborista, poseía un liderazgo condensado en menos referentes. Uno de los principales fue Diego García, una figura paradigmática. Su espectacular ascenso y su abrupta caída demuestran la necesidad de los líderes locales del sostén político de las autoridades políticas superiores. Así como éstas contribuían a erigir liderazgos locales, también eran capaces de ocasionar su estrepitoso derrumbe. En otras palabras, para que un liderazgo pudiera construirse y mantenerse debía contar con una doble legitimidad: ascendente y descendente. La pérdida de una u otra conducía al fin de la hora política de un líder político local. En otros casos, ambas fuentes de legitimidad podían colisionar, en cuyo caso conjeturamos que prevalecía la segunda.

Diego García nació el 22 de febrero de 1897 en Huerca Overa (Andalucía) (Restaino, 2008). A fines de 1908, su padre abandonó la pequeña posada donde trabajaba y decidió marchar con su esposa y sus cuatro hijos hacia la Argentina, en búsqueda de un horizonte más promisorio. Llegaron al puerto de Buenos Aires en 1909, cuando Diego García tenía doce años. De allí se trasladaron a Pergamino, donde los esperaban familiares y amigos. García, luego de cursar sus estudios primarios, debió trabajar para ayudar a sus padres. Fue primero aprendiz en un comercio y luego ayudante en un almacén de ramos generales, hasta que ingresó al Hotel Colonia. Se casó con Esperanza Moreno Ruiz en 1917 y juntos tuvieron siete hijos (Esperanza, Josefa, Diego, Magdalena, Nélica, Yolanda y Antonio).

Por diferencias laborales con el dueño, García dejó el trabajo y se marchó hacia Buenos Aires, seguido de su familia (habían nacido sus primeros tres hijos). Allí encontró empleo en una casa de té y pronto se convirtió en mozo. Una discusión con el encargado le costó otra vez su puesto laboral, por lo que retomó su oficio de mozo en Banfield. Estaba residiendo en esta ciudad cuando se produjo el golpe de estado de 1930, el cual lo alejó definitivamente del radicalismo, con el cual simpatizaba. Motivó su decisión en la desazón que le generó el enañamiento que tuvieron hacia Yrigoyen sus propios correligionarios.

Nuevamente, García volvió a tener conflictos con sus patrones, por no callarse ante las injusticias que sufrían los trabajadores, profundamente afectados por las consecuencias del crac de Wall Street. Entonces, desocupado, decidió regresar a Pergamino. Apenas llegó, halló trabajo en el Bar Buenos Aires, un mítico lugar de encuentro de personas pertenecientes a un amplio espectro social: comerciantes, empleados, funcionarios, buscavidas, etc. Este espacio de sociabilidad lo impulsó a ahondar su preocupación por los problemas sociales. Por el bienestar de la comunidad encaró varias acciones, como la firma de un petitorio para que una calle del casco urbano tuviera luz eléctrica, la búsqueda de contribuciones a cooperadoras escolares y la colaboración con las ollas populares de la década de 1930.

El capital político de García se sustentaba en el reconocimiento por parte de los trabajadores. Ante los sectores populares, Diego García aparecía como un luchador y como enérgico símbolo de la justicia social. Esa imagen fue cultivada desde su cargo de Secretario General del Sindicato de Mozos y Anexos (1932-1946), gremio fundado gracias a su patrocinio. Antes de constituirse el sindicato, los trabajadores de este oficio estaban agrupados en La Unión de Mozos. Dado que la inminente creación suscitó un conflicto de gran envergadura, García presentó su renuncia para fomentar las negociaciones y la unión. Pero su dimisión no fue aceptada por sus compañeros. Incluso, su actitud solidaria con el presidente de la Unión de Mozos que estaba gravemente enfermo, Pascasio Rozadilla, descolocó a los viejos dirigentes y contribuyó a la desintegración de la Unión y a la formación del nuevo sindicato. Así se granjeó el apoyo de todo su núcleo gremial.

Bajo el liderazgo de García, el sindicato experimentó un gran crecimiento. Por aquellos años, desplegaba un accionar muy activo: ayudaba a trabajadores enfermos, entregaba zapatillas a alumnos pobres, enviaba delegados a congresos, trabajaba en la redacción de estatutos, mostraba solidaridad con otros gremios y realizaba paros y boicots. Producto de estos últimos, conquistó varias reivindicaciones, como la firma de pliegos de condiciones que regulaban las ocho horas de trabajo, horas extras, aumentos de sueldos, francos semanales y suspensiones arbitrarias. Uno de los grandes logros que consiguió García al frente del sindicato fue la adquisición de la casa gremial. De este modo, su experiencia en la actividad gremial, desde antes de 1944, le permitió cumplir un rol formativo en otros dirigentes de menor jerarquía. Su perfil era muy diferente a la antigua dirigencia radical y conservadora, conformada en gran parte por

profesionales.

El sindicato protagonizó numerosos conflictos espinosos con la patronal, y en ellos intervenía personalmente García. Una de las ideas que más férreamente éste defendía era la eliminación de la propina, pues la consideraba enemiga de la dignidad del trabajador. A tal fin, expuso el tema en reuniones gremiales, en el Primer Congreso del Sindicato de Mozos (1937) y en un petitorio a Perón (1945); pero sin lograr resultados favorables. Gracias a su incesante tarea, la visibilidad pública de García aumentaba cada día más. Solía realizar asiduamente viajes a La Plata para reunirse con el Director del Departamento de Trabajo frente al incumplimiento de los pliegos. Además fue el encargado de la formación y Presidente de la Federación Obrera del Norte de la Provincia de Buenos Aires (1945-1946). En representación de los trabajadores, concurrió a gran cantidad de asambleas y actos efectuados en distintas ciudades. Incluso, habría recibido telegramas de felicitación del propio Perón.

Para coronar su carrera sindical, fue designado ayudante principal de la Subdelegación de la Secretaría de Trabajo y Previsión local en 1945 y presidente de la Comisión Homenaje a Perón, cuando éste arribó a Pergamino el 27 de octubre de 1944. De manera que fue protagonista de la primera demostración significativa de apoyo a la figura de Perón. Esta “notoriedad” individual fue complementada con “heroicidad”, desplegada por García al liderar la movilización obrera que se desplazó de Pergamino hacia la Capital Federal el 17 de octubre.

Enrolado en el laborismo desde fines de 1945, García decidió abandonar su cargo gremial y avocarse febrilmente a la política. Dedicaba casi todo su tiempo a las actividades políticas. Realizaba frecuentes viajes a la ciudad de Buenos Aires, a La Plata y a diferentes localidades de la segunda sección electoral. Concurriendo a actos, visitando ciudades y brindando acalorados discursos en pro de los trabajadores, entabló relaciones dentro y fuera de Pergamino que le permitieron afirmarse como un dirigente con cierta relevancia fuera de su distrito. Gracias a esos vínculos, estuvo presente cuando se conformó el Partido Laborista en Buenos Aires y fue portavoz en Pergamino del ideario político del mismo. Participó de la reunión del Partido Laborista en la que se designó el binomio presidencial Perón-Mercante, luego reemplazada por Perón-Quijano. De modo que logró construir una base política de vasto alcance, que excedía los límites del municipio.

García era dueño de un carácter vehemente y de un gran espíritu de lucha. Con inocultable orgullo, solía relatar sus orígenes sociales modestos y su condición de hombre que no debía nada a nadie. A pesar de su comienzo humilde, estaba impregnado por la ambición de jugar un papel político distinguido, pero siempre en la línea de Perón. Su discurso de asunción como intendente lo refleja muy bien.

[...]Soy un obrero surgido por obra y gracia de un movimiento grandioso [...] Me sentiría deshonrado definitivamente el día que renegara en las palabras o en los hechos de mi condición de tal. Esta avalancha de votos que consagró mi nombre en las urnas y el

triumfo de mi partido, prueba una vez más que nuestra democracia es tan grande y tan pareja que por primera vez en nuestra historia comunal se registra el hecho de que un humilde trabajador surgido del sindicato pueda ocupar el sillón intendental [...]

No soy un político que todo lo supedita al cálculo personal. Soy un hombre de partido, pero más que un hombre de partido soy un hombre de la Revolución [...] Mi líder es el general Perón, mi bandera es la justicia social y mi programa es el de la recuperación integral de la patria [...] (Citado en Restaino, 2008:103-104).

Evocando su pasado obrero, García se erigió como un representante del mundo trabajador. A la vez, construyó su legitimidad en base a su lealtad a Perón. En su mensaje de fin de año de 1950, García mostró su identificación absoluta con el proyecto liderado con Perón: *“Mi obra, mis pensamientos, mi vida toda pertenecen a Perón (...) Con Perón, con Evita y con Mercante al frente nos pusimos en marcha hacia el futuro, henchidos todos de amor profundo por esta Argentina soñada (...) No puede llamarse buen argentino aquel que niegue la obra magnífica de la Revolución”* (La Opinión, 03-01-1951).

Manifestando abiertas simpatías hacia el Líder, no fue casual, entonces, cierta similitud discursiva de García con aquel al tratar de definir los objetivos y las razones acerca de la organización y la sindicalización de las masas. El 4 de junio de 1945, García arengaba que *“(las fuerzas vivas del capital) olvidaron al trabajador (...) y he aquí ahora que el trabajador se les cuadra enfrente dispuesto a defender con su vida la justicia social que ha logrado; levanta sus manos con espadas enardecidas”* (Citado en Restaino, 2008: 56). Un militante laborista, Israel Orlando Quintero, recuerda a García de esta forma: *“Alguien nos habló de Diego García como la persona que estaba al frente de la causa. Fui a verlo y me encontré con un hombre muy sencillo, muy valiente. No tuve dudas de ponerme a trabajar con él, a pesar de todos los riesgos que existían”* (Citado en Restaino, 2008: 77).

En suma, en el surgimiento del peronismo pergaminense, García tuvo un rol diferenciado, ligado a la estructuración de las fuerzas políticas que sostuvieron la candidatura de Perón. En esa labor, su experiencia previa en el ámbito gremial constituyó un gran pilar. Fue su origen sindical junto a su capacidad organizativa para movilizar a los trabajadores lo que le granjeó la adhesión de un amplio conjunto ellos.

García sobresalió como legislador activo y creativo. A lo largo de los dos años (1946-1947) que duró su mandato como senador provincial presentó veintiocho proyectos (la mayoría solicitando subsidios a instituciones de Pergamino) y participó en quince discusiones. Para él, la gestión gubernamental debía ser capaz de representar a la “nación” y no tan sólo a una clase social. Por eso, el criterio que tenía que primar a la hora de legislar era que los proyectos cubrieran *con “justiciera necesidad anhelos y deseos de la colectividad (...) La tarea de legislar no implica*

solamente la preocupación del legislador por llevar al pueblo que lo eligió leyes que contribuyan al bienestar material (...) El espíritu humano (...) contribuye con su existencia a hacer felices a los pueblos” (Provincia de Buenos Aires. Cámara de Senadores, 1946). *Diario de Sesiones*, sesión del 27 de septiembre). Siguiendo esta concepción, impulsó iniciativas que tuvieran repercusión y que aportaran beneficios (no sólo materiales) a los barrios de su distrito. Dentro de este marco, sus proyectos y discursos ponen en evidencia que para García, los derechos sociales constituían el centro de sus preocupaciones. Particular interés le despertaron la gestión cultural, la asistencia social a la infancia y los derechos laborales.

Sin duda, García capitalizó su experiencia legislativa para acrecentar su capital político. A esto ayudó también su vinculación con los niveles superiores de la estructura partidaria y gubernamental. Mantuvo una estrecha relación con Domingo Mercante y con Eva Perón, así como recibió respuestas favorables a sus gestiones de obras y servicios en beneficio de Pergamino. Luego de haber perdido en las elecciones internas de 1947 frente al radicalismo renovador, las autoridades partidarias superiores comenzaron a posicionarlo en la cima del poder político local. En enero de 1948, la Junta Central del Partido Peronista de la Provincia lo nombró candidato a intendente. Y lo facultó para que, conjuntamente con el interventor del Partido Peronista local, Juan Antonio Cuda, eligiera los candidatos a concejales y consejeros escolares en 1948.

Producto del triunfo electoral y una vez en el cargo, García se encargó de ubicar en las secretarías municipales a personas de su entorno inmediato, para lo cual decretó cesantías. Esto fue duramente criticado por la prensa y también hubo debates en la CGT local y en el Concejo Deliberante. Por un lado, se aseguraba eliminar una potencial oposición entre los encargados de regir el destino municipal. Por otro, la conducción del gobierno municipal redundaba en la disponibilidad de incentivos selectivos con los cuales premiar la fidelidad de algunas personas, tales como el otorgamiento de cargos públicos, las exenciones impositivas, las obras públicas y los subsidios. Su cargo de legislador primero y de intendente después le permitió contar con amplias atribuciones para su distribución discrecional, lo cual fortaleció sus vínculos con la comunidad. Personas a título individual y organizaciones de la sociedad civil, agraciadas por las concesiones, se convirtieron en lazos que coadyuvaban al arraigo del peronismo.

Un aspecto central fue el control de las comunicaciones internas. García fue el fundador en 1948 y luego director del periódico *En Marcha*. Otros dos periódicos, *El Tiempo* y *La Opinión*, aunque no eran estrictamente oficialistas, cumplieron el rol de difundir noticias en beneficio del peronismo. Un hecho que parece convalidar esta presunción lo constituye la gran cantidad de espacio brindado por los periódicos a anunciar con antelación y describir los actos políticos peronistas (aunque no exclusivamente, y a veces no escatimaban las críticas). Incluso, transcribían los discursos de los oradores.

En 1949 la lista de García se impuso frente a las demás facciones en las instancias electorales

internas. A partir de este momento, y hasta 1951, se afianzó su liderazgo dentro del movimiento peronista: a la conducción del gobierno municipal sumó el control de la estructura partidaria. Con el aval de las instancias político-partidarias superiores logró opacar -aunque no completamente- provisoriamente otros liderazgos locales. Pero esto no fue tarea fácil, quizás porque en Pergamino la política no estaba acaparada por una sola figura. Por el contrario, el alto nivel de politización y la alta conflictividad social ayudaron a la proliferación de personas que se perfilaban como referentes locales y potenciales competidores. ¿O será que este inmigrante español y mozo de bar con escasa instrucción formal no logró consolidar su posición frente a los demás líderes? ¿Qué fue lo que motivó que a lo largo de 1952 perdiera el control de la estructura partidaria y del gobierno comunal?

La correlación de fuerzas se alteró luego de la desarticulación que experimentó el mercantismo al promediar el año 1952. En consecuencia, quedó allanado el camino para consolidar la hegemonía de la CGT y quebrantar el liderazgo de García. La intervención del gobierno provincial inició un proceso de normalización partidaria y, como corolario, designó en febrero de 1953 un comisionado en reemplazo del intendente.

La intervención de la comuna se produjo en un marco en el que las autoridades partidarias superiores estaban estableciendo medidas para dificultar la generación de liderazgos locales cimentados en posicionamientos personales. La reestructuración de las Unidades Básicas, la suspensión de homenajes, la designación de los candidatos a intendente por parte del Concejo provincial del Partido Peronista y la prohibición de alusiones de carácter personal en la propaganda política constituyen algunos ejemplos. Como bien señala Marcilese, se aprecia una persistente campaña desde los organismos partidarios peronistas por concluir con cualquier tipo de conducción personalista en las filas del movimiento. La continuidad temporal en las medidas tendientes a contrarrestar los personalismos y la formación de organismos políticos por fuera de la estructura partidaria evidencian que estas prácticas no cesaron con el proceso de centralización y homogeneización partidaria. De esta manera, es posible reconocer en los espacios de la estructura partidaria local la pervivencia de cierta autonomía de funcionamiento (Marcilese, 2008). En síntesis, la pretensión de neutralización de los liderazgos locales da cuenta de que éstos eran relevantes y que, según la percepción de la cúpula, ponían en peligro la primacía de las resoluciones partidarias. El desplazamiento de Diego García es un fiel ejemplo de esto.

No sólo la designación de comisionados resultó funcional a la construcción del peronismo y producto de la lucha de facciones, sino que también contribuyó a pacificar enconados ambientes políticos una vez producida la consolidación del movimiento. En particular, esto sucedió en Pergamino en 1953. La singularidad del caso fue que el gobierno provincial intervino una comuna peronista, tratando de terciar en un conflicto municipal que había comenzado al menos un año – incluso dos- antes. Al respecto, creemos que la intervención procuró capitalizar el drenaje de votos

de antiguos adherentes que, ante la radicalización del pleito intra-peronista, podría erosionar el respaldo al partido que desde 1946 ganaba las elecciones.

La discordia comenzó a partir de 1951, cuando la mayor presencia sindical en el Partido Peronista conllevó a un enfrentamiento entre sindicatos y gobierno municipal por el control de los espacios de poder. Indicio de esta cuestión fue el conflicto gremial-político detonado en 1952 a raíz de cesantías de empleados municipales y que derivó en huelgas y movilizaciones y, como corolario, la intervención de la comuna. Detrás del desplazamiento del intendente Diego García, en coincidencia con el de Mercante, había visibles intenciones políticas (Restaino, 1995; Salomón, 2009).

Durante todo el tiempo que duró el conflicto, y fruto del hermetismo por parte de las autoridades, reinó un clima de expectativa e incertidumbre de lo que podía decirse o resolverse en las capitales provinciales y nacional. La prolongación del pleito intensificó los medios coercitivos, las agresiones personales y los incidentes. Durante meses, García se convirtió en el blanco de una maliciosa campaña de difamación por parte de la CGT, que lo presentaba como un agente interesado en introducir una cuña entre el Ejecutivo y el movimiento obrero. Nunca antes se habían definido las diferencias políticas entre el intendente –que había sido líder sindical- y el sindicalismo de manera tan brutal e irreconciliable. La “traición” de García cuestionaba la identificación entre Perón y el movimiento obrero. Su posición se debilitó aún más por la erosión del respaldo de la mayoría de los concejales, quienes comunicaron telegráficamente al Ministro de Gobierno de la Provincia su disposición al Movimiento Peronista (*El Tiempo*, 09-02-1953).

Decidido a ratificar en forma contundente su liderazgo, el gobierno provincial aguardó el momento oportuno para desplazar a García. El Ministro de Gobierno de la Provincia le habría sugerido a García la conveniencia de que presentara su renuncia. De lo contrario, sería allanada la Municipalidad. Ese momento llegó el 11 de febrero de 1953, cuando un decreto del Poder Ejecutivo de la Provincia declaró intervenida la Municipalidad en sus departamentos Ejecutivo y Deliberativo. Producto de las derivaciones del confuso escenario político, Juan Julio Anselmo Rivero, que era empleado municipal, fue designado comisionado. Pero el triunfo de la rama gremial fue parcial: el Ministerio de Trabajo y Previsión declaró ilegal la huelga y Miguel Musacchio renunció a la Delegación Regional de la CGT. De manera tal que este último y García desaparecieron, circunstancialmente, del plano de la acción. La diferencia fue que una vez desplazado de su cargo, García se alejó definitivamente de toda actividad política. La normalización de la comuna se produjo en 1955.

Paradójicamente, así como el sindicalismo fue el bastión peronismo, también fue su talón de Aquiles. Al examinar el desarrollo del conflicto municipal se descubre una aguda división dentro del partido Peronista local que reflejaba lo acaecido a nivel nacional y provincial: una línea que respondía a la CGT y la otra, a legisladores e intendentes de los pueblos. El eje de conflicto

“sindicatos versus comités” emergió con más fuerza en el panorama político peronista. La sensación de marginalidad política iba ganando a los líderes obreros. Entonces, su insistencia por preservar su capacidad de iniciativa constituyó un desafío para las aspiraciones de García. Este desafío era tanto más serio porque provenía del sector que él mismo consideraba la columna vertebral del peronismo: el sindicalismo. A menos que pudiera imponer su liderazgo sobre el órgano principal del movimiento sindical, el equilibrio de fuerzas se vería afectado. Además, García consideraba que las ambiciones políticas de la CGT apuntaban directamente a la Municipalidad y podrían conducir a una mayor polarización de la sociedad. Detrás de esta idea, estaba la premisa de que sólo un Estado con suficiente autonomía respecto de los intereses sectoriales podría terciar en los conflictos.

Pero sus pretensiones, en franca colisión con intereses cegetistas y provinciales, determinaron el final de su hora política. Sin elementos suficientes para avalar esta conjetura, podríamos relacionar el alejamiento de García con el abrupto desplazamiento de Mercante, quien tras de sí habría arrastrado a un conjunto de dirigentes que se pensaban cercanos al gobernador. Esta situación fue producto de la interna dentro del partido gobernante y de la consolidación del proceso verticalista liderado por Juan D. Perón, lo cual demuestra que en ámbitos locales se jugaban movidas políticas supralocales. El alto nivel de conflictividad y la persistencia de facciones partidarias evidencian que lejos se estaba de la estabilidad organizacional del peronismo bonaerense. Esta situación reveló las limitaciones de los poderes centrales del Partido Peronista por lograr el encuadramiento de sus fuerzas, lo cual no se condice con una imagen de un peronismo vigorosamente centralizado y basado en un liderazgo fuerte. El corolario fue la intervención de una comuna en la que el peronismo era un bastión. A pesar de ello, una vez vuelto a elegir intendente en 1954, no se rompió la continuidad de esa fuerza al frente del municipio.

5. Una figura consensuada: Antonio Oscar Scavuzzo

Dentro del peronismo pringlense sobresalió Antonio Oscar Scavuzzo. La tradición personalista en la política argentina –dentro de la cual se inserta la política local-, la escasez de políticos reconocidos dentro del Partido Peronista en su período formativo y, principalmente, la personalidad de Scavuzzo, hicieron de él la figura más descollante de la organización. El peronismo local estuvo profundamente marcado por su liderazgo, llegando a ser el único y prácticamente indiscutido que generaba consenso. Rodeado de correligionarios que quedaban ensombrecidos tras su imagen, Scavuzzo cosechó el aval de algunos no peronistas. Tuvo un papel clave en el primer triunfo peronista en la localidad, ocurrido en 1948. Pensando de manera contrafactual –con las limitaciones que esto implica-, conjeturamos que de haber saltado a la política en los prolegómenos de febrero de 1946, posiblemente habría ganado la alianza liderada por Juan Domingo Perón.

Scavuzzo nació el 22 de abril de 1922 en Azul y se radicó en Coronel Pringles en 1924. Sus padres fueron Vicente Scavuzzo y Ana Farinella. Provenía de una familia de clase media no afiliada a ningún partido político, en la que su padre, junto con un socio, era dueño de dos cines-confiterías. Para estudiar en el nivel secundario, Scavuzzo debió trasladarse a la casa de unos tíos a Azul, puesto que el único colegio de ese nivel en Coronel Pringles (Manuel Estrada) era pago y sus progenitores querían enviarlo a uno público. Gracias a una beca gestionada por la Unión Cívica Radical, cursó estudios superiores en la Facultad de Ciencias Médicas de Córdoba (1940-1945). Allí, mientras trabajaba en un pensionado para financiar su estadía, tomó injerencia en asuntos políticos y se comprometió en una activa militancia estudiantil. Se recibió de odontólogo en 1945 con medalla de oro y al año siguiente comenzó a desempeñar su actividad profesional en Coronel Pringles, consagrándose rápidamente como una figura prestigiosa y querida.

Inmediatamente se sumó al movimiento peronista y emprendió una carrera política meteórica que lo llevó a ocupar a los 25 años el cargo de comisionado municipal (de mayo de 1947 a febrero de 1948). Gracias a éste, y a su actividad profesional, acumuló poder político. De esta forma, el capital "por delegación" se complementó con el capital "a título personal". Posteriormente, las elecciones de 1948, 1951 y 1954 lo confirmaron intendente en tres oportunidades. Fue profesor del Colegio Nacional local, con cátedra de Anatomía e Higiene. También participó del Club de Pelota.

En el orden partidario interno integró la lista ganadora en las elecciones internas de 1947 y fue designado presidente del Partido Peronista en 1948 y delegado a la Convención provincial. En 1950, el Congreso seccional del peronismo le otorgó la distinción de incluirlo en el buró de difusión partidario. La deferencia otorgada al "Hombre del Momento de nuestra Ciudad" premiaba sus relevantes dotes oratorias e implicaba un reconocimiento a las virtudes de los hombres destacados en la política bonaerense (*La Noticia*, 26-02-1950). Siendo muy hábil como gestor de acuerdos y alianzas, fue el encargado de relacionarse con otras fuerzas políticas. Presidió innumerables actos partidarios como orador, movilizó al electorado, brindó conferencias promocionando las políticas públicas y mantuvo buenas relaciones con las autoridades superiores. De modo tal que dentro del Partido Peronista local ocupó una posición preponderante. Esto, sumado al control del gobierno municipal, le permitió tener una amplia influencia en los procesos políticos locales.

La simpatía de que era objeto en la prensa local es digna de mención. El periodista César Brignoli -que viajaba por la provincia en su carácter de redactor especial del periódico Tribuna de Tandil- escribió para *La Noticia* una semblanza en la cual elogiaba sus cualidades.

Tiene demasiadas virtudes para sus pocos años. Serenidad, equilibrio, visión, capacidad de trabajo, dinamismo, inteligencia son las múltiples facetas de su extraordinaria

personalidad. Ha hecho una intendencia de puertas abiertas [...] muchacho inteligente, trabajador y estudioso [...] sencillo y afable, siempre cordial...con esa palabra fácil y esa mirada abierta que trasuntan la sinceridad de todas sus actitudes” (*La Noticia*, 15-12-1949).

Su personalidad marcó huellas hondas entre sus seguidores. *La Noticia* destacaba sus aptitudes: “*Hay en Scavuzzo la suma de virtudes del hombre llamado a destacarse en la acción pública: capacidad, sinceridad, honestidad, lealtad y amor al pueblo*” (*La Noticia*, 20-12-1949). Estas descripciones, incluidas a título de ejemplo de entre las muchas que aparecen en la prensa, demuestran que más que un liderazgo asentado en la fuerza y la energía, la ciudadanía pringlense apostaba por un modelo donde la honradez y el afecto se convertían en ejes centrales alrededor de los cuales se construía una relación de cercanía y confianza. Al margen de esto, Scavuzzo también se hizo célebre por sus dotes intelectuales, a lo cual contribuía su sólida instrucción formal.

Desde un comienzo, el comisionado proyectó una imagen de moderación, responsabilidad y sensibilidad, y así despertó la simpatía incluso en círculos que expresaban sus reservas respecto al gobierno peronista. Un editorial de *La Noticia* afirmaba:

Scavuzzo ha creado dentro de su ciudad una mística. Su acción de gobierno, su innata bondad, la sencillez de su carácter, la afabilidad con la que trata a sus semejantes, la preocupación con la que trata de solucionar los problemas que le plantean, todo en él habla de un hombre de pueblo, dispuesto a captar todas las vibraciones y presto a volcarse entero en holocausto del pobre, del rico, del grande, del chico, de todos los que llegan hasta él [...] Por eso el pueblo peronista y el que no lo ama y lo sigue” (*La Noticia*, 17-12-1949)

Al asumir por primera vez como intendente, enunció los propósitos de sus actos y mostró su completa solidaridad con Perón. Encarnó la identidad política del partido al cual representaba, centrada en la justicia social.

[...] Ha surgido en mí, desde el primer instante, el firme propósito de responder a la confianza que el pueblo me ha depositado, con un gobierno comunal basado en la honradez, la igualdad y la justicia.

[...] Para ello he de inspirarme en la acción dignificante del primer trabajador argentino: el General Juan Domingo Perón [...]

Ha de ser principal objetivo de mi gestión de gobierno todas las medidas que puedan conducir a realizar el ideal de una sociedad fundada en el sentimiento de la ayuda y la solidaridad humana, haciendo que el poder público [...] no se reduzca a lo meramente

administrativo. La misión del poder público [...] ha de ser de constante vigilancia e intervención en los problemas sociales de la colectividad. Es así que en mi función de gobierno he de llevar por principal mira la creación de fuentes de trabajo mediante la realización de obras públicas [...] He de preocuparme asimismo porque la asistencia social sea constante y efectiva [...] para ampliar los beneficios de protección a la niñez y los ancianos sin recursos.

[...] El pueblo de Coronel Pringles puede tener la seguridad de que estará representado por un gobierno auténticamente democrático y que su acción se inspirará en el fiel servicio de los intereses colectivos [...]

No quiero cerrar estas palabras sin expresar mi especial saludo a la masa trabajadora que hoy celebra su día; y quiero que sepan también ellos que desde mi modesto puesto de lucha colaboraré con lealtad y constancia en la defensa de sus derechos legítimamente conquistados en la gesta heroica del 17 de octubre.

Y para terminar, he de decir con el general Perón: Quienes quieran ir, que oigan. Quienes quieran seguir, que sigan. Mi empresa es alta y clara mi divisa. Mi causa es la del pueblo. Mi guía es la bandera de la Patria” (*La Opinión*, 04-05-1948).

Al hacerse cargo por segunda vez de la comuna, Scavuzzo pronunció una disertación que traslucía un mayor verticalismo hacia Perón. Concebía su gestión como una tarea administrativa y una identificación absoluta entre los intereses pringlenses y la doctrina justicialista.

Por segunda vez consecutiva, el Partido Peronista, cuya jefatura máxima la ejerce el líder del justicialismo general Perón, me honró con la candidatura a la más alta posición pública local, y por segunda vez consecutiva el pueblo de Pringles, en comicios memorables por su pureza [...] me ungió para desempeñar las delicadas funciones de intendente municipal.

[...] Iniciamos una nueva etapa que ha de ser de consolidación definitiva de nuestro movimiento [...] Contamos (los intendentes) con el más amplio apoyo de parte de Perón, Evita y el gobernador Aloé. Y he de hacer que esta columna no se aparte del derrotero trazado por nuestros jefes [...] Todos tenemos asignado un puesto y una misión a llenar; quien así no lo hace defrauda al movimiento y defrauda a la colectividad [...]

[...] Desde hoy en Coronel Pringles no existen grupos de ninguna naturaleza; aquí hay un solo grupo, un solo sector: el de Perón y Eva Perón. La única política a seguir es la de buena administración [...] moral administrativa y lealtad absoluta a Perón y Evita han de ser las columnas inconmovibles en que se apoyará nuestro nuevo partido. Porque así cumpliremos el mandato histórico que nos toca vivir en la Argentina Justicialista” (*La Opinión*, 02-05- 1952).

La oratoria fue una de las bases principales sobre las que se asentó el liderazo político de Scavuzzo, puesto que a través de él contribuyó a construir un sistema de representaciones (Martín Rojo, 1996: 1). Solía brindar discursos llanos y expresados con ardor, pero dotados de solidez argumentativa. Sobre uno de ellos –emitido en un acto organizado por la CGT- *La Opinión* resaltó: “El orador, con la vehemencia que lo caracteriza, pronunció una magnífica pieza oratoria que entusiasmó al público que lo interrumpió con grandes ovaciones” (*La Opinión*, 11-11-1951).

Además de su facilidad de palabra, Scavuzzo se destacaba por un estilo político paternalista. Era un hombre que escuchaba los problemas de la gente, respondía a muchas de sus peticiones y a menudo tenía un conocimiento personal del solicitante. Instaba a los vecinos a que *le “hicieran llegar las distintas necesidades de la población (...) en la Intendencia, en la calle o en su domicilio, ya que siempre estoy dispuesto a trabajar por el pueblo”* (La Noticia, 12-03-1951). Su sensibilidad ante las necesidades locales le valió gratitud de los agraciados, tal como lo expresa una carta de una pareja pobre, por la entrega de una medicina para su hija enferma (La Noticia, 13-12-1949).

También era un buen negociador que solía involucrarse directamente –e incluso anticiparse- en los conflictos. Todos reconocían su maestría para las maniobras políticas y el logro de un buen funcionamiento del aparato político. Por ejemplo, frente a un probable conflicto municipal, en agosto de 1952 reunió al personal de la comuna para conversar sobre los salarios y la responsabilidad de todo aquel que ocupaba una función pública. En relación a la primera cuestión, manifestó que, a pesar de los aumentos salariales frustrados –no obstante su buena voluntad- otorgaría compensaciones, por lo que exhortó a no intranquilizarse (*La Opinión*, 27-08-1952).

Durante su larga gestión, Scavuzzo fue muy activo. No se limitó a dispensar favores individuales con eficacia y rapidez: también utilizó su gravitación personal para conseguir mejoras y beneficios financiados por los gobiernos provincial y nacional. Innumerables obras públicas, servicios municipales y trabajos de embellecimiento del distrito podrían mencionarse. Invertió gran esfuerzo en entablar gestiones orientadas a modernizar el servicio odontológico del hospital, la edificación de escuelas, la pavimentación y el arreglo de caminos y calles, la nacionalización del colegio Manuel Estrada y al impulso al barrio obrero. Además, manifestó gran preocupación por la infancia y la ancianidad. Por sus numerosas obras, *La Noticia* calificó a Scavuzzo como el pionero de la política social local: “*Es innegable que siente como ningún otro los problemas que afligen a la masa trabajadora. De él puede decirse que es peronista por convicción y que ama verdaderamente a su pueblo*” (La Noticia, 04-12-1949).

En Coronel Pringles Scavuzzo intentó aplicar con ímpetu la política social de Perón, valiéndose, en parte, de su imagen de profesional apolítico y moderado. Según el testimonio de su hijo Antonio, Scavuzzo sentía una profunda admiración personal por Juan Domingo y Eva Perón. En una entrevista, Eva Perón le habría dicho: “¿Qué hace con tanta energía en el medio del campo?” Solía recalcar que era un “simple soldado” que “no había hecho más que cumplir con los

postulados de la política justicialista del insigne líder de los trabajadores Juan Perón” (*La Opinión*, 10-08- 1953). Encolumnado detrás de éste, ofrecía a sus seguidores:

[...] lealtad de amigo, sinceridad de procederes, comunión de sentimientos peronistas, amor a la causa del pueblo y fe en el conductor máximo: el general Perón. Su norte es el mío; su causa la que me impulsa a la lucha [...] el tener una nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana” (*La Noticia*, 13-12-1949).

Su arbitrio en los –pocos- conflictos obreros fue muy apreciada por los trabajadores. Estuvo presente en manifestaciones y en fiestas gremiales, acompañando sus reivindicaciones. Pero prefería un contacto directo con los trabajadores, sobrepasando las estructuras. Comentó su hijo Héctor: *“Más que con los gremios, se manejaba directamente con la gente”*. Por otra parte, vale destacar que fue odontólogo del gremio de los ferroviarios, lo cual redundó en avales de los agremiados de ese sector. Según el relato del sindicalista Miguel Di Torre, *“Él interpreta los intereses colectivos [...] desde el aula levantó la bandera de las reivindicaciones sociales y desde su torno de trabajo supo hacerse un alto para lanzarse a la lucha”* (*La Noticia*, 17-12-1949). Igualmente halagadora es la apreciación de José Abecia: *“siempre fue leal con el trabajador y sabe que el trabajador le responde (...) No necesita dar asados a los peronistas [...] como ha estado en permanente contacto con todos, no necesita engañar con un trozo de carne y medio litro de vino”* (*La Noticia*, 13-12-1949).

Scavuzzo acumuló gran prestigio e inspiró respeto tanto entre sus seguidores como en sus opositores. Enemigo de la confrontación y los absolutos (en una localidad que también los rechazaba), actuó para formar un frente político amplio, no exclusivamente gremial. Su comportamiento lo ubicó dentro de los parámetros locales. Es decir, para mantener su liderazgo no debía romper con el molde socio-político local. En sus discursos solía interpelar al “pueblo”, más que a los obreros. Su actitud, sumada a su mesura y a su trayectoria profesional, habría influido en la atracción de personalidades provenientes de un amplio espectro social. *La Gaceta* destacaba: *“[...] la suya es una administración de puertas abiertas para todos. Tanto el peón como el hacendado tienen acceso libre a su despacho”* (*La Gaceta*, 17-10- 1946). Mantenía relaciones de amistad o diálogo fluido con miembros de todo el arco político. Este hombre de modales aprendidos fue respetuoso de la oposición y no utilizaba la dicotomía “oligarquía terrateniente versus pueblo trabajador”, porque consideraba que era ofensiva. Alicia Uthurralt, de tendencia radical, corroboró esta afirmación: *“Scavuzzo era una persona querida, era educado, correcto. No se ensañó con nosotros, nos respetaba. Hizo aplicar las leyes y tuvo una buena gestión. Por eso, hubo radicales que lo votaron”* (entrevista a Alicia Uthurralt, 15 de abril de 2009).

Un componente común subyace en todas las impresiones recogidas sobre Scavuzzo: su contacto directo con los vecinos. Sobre esto, su hijo comentó: *“Lo querían porque era un tipo común [...]”*

iba, estaba, compartía [...] le gustaba tener un contacto directo con la gente” (entrevista a Héctor Scavuzzo, 17 de abril de 2009). Por lo visto, en localidades pequeñas la posesión de ciertas cualidades consideradas valiosas (como la honradez, la sencillez, el compromiso social y la mesura) y el trato personal del líder con los vecinos fueron fundamentales. Por otro lado, el verticalismo de éste hacia Perón era muy notorio. Por lo tanto, la fuente de legitimidad del líder local era doble: ascendente y descendente. Eso contribuye a explicar el secreto de su supervivencia política. A diferencia de tantos otros líderes, Scavuzzo permaneció al frente de la comuna entre 1947 y 1955: un verdadero record no sólo en el régimen peronista, sino en la historia política argentina. Probablemente, su lealtad absoluta y el hecho de que no constituyó una amenaza o un desafío a las autoridades provinciales ayudan a explicar el fenómeno.

6. La debilidad de los líderes políticos peronistas en Chascomús

El caso de Chascomús resulta singular. Al menos hasta 1954, el peronismo chascomunense no contó con líderes políticos capaces de captar amplio respaldo popular. A diferencia de éstos, gran parte de los dirigentes partidarios radicales tenía una larga trayectoria política y reconocimiento social. Muchos habían ocupado algún cargo en el municipio antes de 1946, otros provenían de familias en las cuales había algún funcionario municipal y otros, simplemente, mantenían una posición cercana al poder. De esta manera, dentro del radicalismo se observa cierta continuidad en la dirigencia política. Sin dudas, la construcción de liderazgos se basaba en la visibilidad pública y, además, en la posesión de determinados atributos estimados por la sociedad, como ser el resguardo de los intereses locales, la rectitud, la amabilidad y la cultura. Varios radicales contaban con estos atributos. Más que grandes conocedores de la cosa pública eran personas con reputación en la zona, muy vinculados con la vida cotidiana de Chascomús. Conformaban un grupo de unas treinta personas que giraban alrededor de la dirigencia principal (en especial, los hermanos Erasmo y Francisco Goti) y eran, fundamentalmente buenos vecinos con inserción dentro de la comunidad, un prestigio bien ganado cada uno en su ámbito, lo cual les permitía “vestir las listas”. En suma, la visibilidad político-social previa fue clave para adquirir notoriedad, lo cual les otorgó –en palabras de Bourdieu- capital social. Es decir, capital de relaciones mundanas que otorgaban apoyos útiles, capital de honorabilidad y de respetabilidad que era indispensable para atraerse la confianza de la “buena” sociedad y, con ello su clientela. A su vez, podía convertirse en una carrera política (Bourdieu, 1998: 118).

Por otro lado, la mayoría eran personas muy vinculadas al agro, que era, por entonces, el sector más dinámico de la sociedad. Incluso los que no tenían campos eran propietarios de almacenes de ramos generales, establecimientos que poseían su principal clientela entre la gente del campo y en algunos de los cuales solían funcionar estafetas postales. Esto último hacía que las postas fueran de visita obligada para el envío de la correspondencia. De esta manera, la actividad

comercial permitía contactos fluidos con los vecinos, lo cual era importante para la difusión del mensaje radical.

En suma, en base al análisis de las trayectorias político-partidarias de varios dirigentes, nos aventuramos a formular que, a diferencia del peronismo, el radicalismo poseía figuras acreedoras de experiencia partidaria y gubernamental. Este elemento lo revistió de cierta legitimidad para competir exitosamente en el campo electoral.

En el imaginario colectivo se consideraba a los líderes peronistas como oportunistas, traidores a la causa encabezada por Perón y sumidos en peleas intestinas. Es decir, desertores que buscaban en la cercanía al poder los beneficios, renunciando a sus convicciones. En la difusión de esta imagen colaboró ampliamente la prensa, que era fundamentalmente radical. Los periódicos *El Argentino*, *El Fomento*, *El Radical* y *El Cronista* eran profundamente antiperonistas. Los únicos periódicos que propagaban los ideales peronistas eran *Clarín* (fundado por Antonio Rouco en 1938 y editado hasta 1953) y posteriormente *Nueva Era* (fundado en 1953), pero su circulación era reducida.

Los dirigentes peronistas locales no habían tenido en su mayoría experiencia gubernamental anterior y ni siquiera partidaria (por ejemplo, Guillermo Lima, Domingo Ursino y José Tesorieri). Esta ausencia de antecedentes previos de gran parte de la dirigencia muestra la incorporación de “gente nueva” a la estructura partidaria. La formación del comité local del Partido Laborista contó con la colaboración y los auspicios de integrantes de la Secretaría de Trabajo y Previsión y de los núcleos instituidos a su amparo. A lo sumo, algunos de los que respaldaron a la coalición peronista acreditaban cierta militancia dentro del radicalismo. De todos modos, salvo contadas excepciones (como el farmacéutico Juan A. Plou y el periodista Antonio Rouco), ninguno ameritaba un reconocimiento basado en la defensa de intereses comunes.

Una de las personalidades que dominó el peronismo local fue Domingo Soria, que había sido sargento y secretario Oficial Mayor del comisionado Mario Bárcena. Fue fundador del Centro Cívico, ganador de las internas de 1947 y 1949 y designado por las autoridades superiores delegado a la Convención partidaria en 1948. También fue codirector del diario *Clarín* de Chascomús y, en el orden provincial, accedió a la Legislatura. Si bien acumuló poder en el Partido Peronista local y contó con el aval superior, despertó poco consenso dentro de la localidad. En particular, no cosechó gran apoyo gremial y tampoco de sectores medios. Su figura, asociada a la querrela cruel e inescrupulosa por el poder, ilustra la frágil legitimidad local. Por ejemplo, fue uno de los principales impulsores de la revocación del mandato del comisionado Mario Bárcena en 1945, protagonista de un conflicto con la CGT en 1952 y famoso por su intransigencia.

El fracaso electoral del peronismo en 1951 debilitó la posición de Soria. De acuerdo a la interpretación de *El Argentino*, éste habría abandonado la dirección del peronismo local porque

falló en sus intentos de ganar en las elecciones y se habría distanciado de Mercante (*El Argentino*, 24-04-1952 y 27-04-1952). Su alejamiento también podría interpretarse de otra manera: el abrupto desplazamiento de Mercante habría arrastrado a un conjunto de dirigentes que se pensaban cercanos al gobernador, entre los cuales podemos ubicar a Soria. Sin elementos suficientes para avalar una u otra conjetura, lo cierto fue que este hecho se halla relacionado con otro acaecido a nivel supralocal: el apartamiento de importantes figuras dentro del peronismo. Principalmente, la del gobernador Domingo Mercante y sus más directos colaboradores, producto de la interna dentro del partido gobernante y de la consolidación del proceso verticalista liderado por Juan D. Perón.

En síntesis, la imagen negativa que despertaba en la arena local la intrincada trama facciosa y la poca legitimidad de sus líderes a la hora de distribuir incentivos colectivos y selectivos a la población contribuyeron sin duda al escaso arraigo del peronismo en Chascomús. Ciertamente, la incapacidad de distribuir incentivos se relaciona con la imposibilidad de acceder al gobierno comunal.

En 1954 en el Partido Peronista local hubo una renovación partidaria, que incorporó nuevas figuras. Las trayectorias de los candidatos a intendente y concejales para las elecciones de ese año dan cuenta de un contacto bastante estrecho con la población local. En particular, Francisco Horacio Marino, candidato a intendente, forjó su reputación y su base política trabajando como médico vinculado a las autoridades locales. Llegó a ser dueño de un sanatorio. Fue un hombre muy respetado, tanto por las fuerzas de signo peronista como opositoras. Solía atravesar largas distancias para atender la salud de una población en algunas zonas dispersas. Sus consejos médicos y su honestidad lo convirtieron en una figura querida, al igual que su contacto directo y afable con la gente del lugar y su compromiso social. Este último era reforzado por otras prácticas que lo vinculaban a la comunidad. Su profesión y su vinculación con asociaciones vecinales le permitieron forjar relaciones que más tarde constituyeron su base electoral, incluso de muchos que no adherían a sus ideas políticas. Habiendo militado en el radicalismo (llegó a ser candidato a legislador y secretario general del partido), hacia 1950 su preferencia política giró hacia el Partido Peronista, dentro del cual en 1953 asumió un cargo partidario (secretario administrativo). El otro médico chascomunense que fue importante en la conformación de la alianza peronista triunfante en 1954 fue Francisco Quijano, quien también asumió una posición ética y humanista en el ejercicio de la profesión. Ninguno de ellos pertenecía a la elite local. Ex radical e integrante de varias asociaciones civiles, Carlos Bett compartía con los anteriores su profesión y el reconocimiento investido por el vecindario. Trabajaba en el Dispensario de Vías Respiratorias y en la actividad privada era socio de Marino.

Otro de los candidatos a concejales era Ramón Lescano, maestro en una escuela rural. En una entrevista afirmó: *“Antes, al peronismo le había costado ganar por no tener personas queridas y*

respetadas por la gente". Vivió, al igual que Quijano, en las afueras de la ciudad y, además, se dedicó complementariamente a la apicultura. Rodolfo González Brissón era abogado. Como Jefe del Registro Civil, se encargaba de sugerir a los empleados públicos y aspirantes a maestros la conveniencia de afiliarse al Partido Peronista para poder gestionar sus designaciones. Antonio Sarena, perteneciente a una familia tradicional del distrito, era mecánico y hombre de campo. Pese a su adhesión al peronismo, no era de una militancia demasiado exacerbada. Más bien, "prestaba" su nombre para vestir las listas. En esto se diferenciaba de José Larroca, sastre, quien, desde el inicio del peronismo, fue uno de sus militantes más fervorosos.

En síntesis, la renovación partidaria chascomunense contribuyó –aunque no exclusivamente- al primer éxito del peronismo en Chascomús. Esto demuestra que para legitimar su posición, los líderes locales requerían del consenso de la propia comunidad. No bastaba su posicionamiento como representantes de Perón en el distrito.

7. Reflexiones finales

El carisma y las políticas de Perón, por sí solas, no fueron suficientes para convertir al peronismo en opción política privilegiada. En localidades "extracéntricas", además de la admiración a Perón, para la ciudadanía fue relevante el prestigio, la trayectoria y el conocimiento del ámbito circundante por parte de los dirigentes locales. Para éstos, la experiencia sindical o profesional fue clave, así como lo fue la posesión de valores culturalmente valiosos, como la honestidad y el compromiso con los intereses locales. De este modo, conjugaron dos elementos de legitimidad: el respaldo local unido al aval de los más altos dirigentes partidarios. Gracias a ambos accedieron a la gestión política municipal y, en el mejor de los casos, lograron algún cargo en las estructuras partidarias y/o en los gobiernos nacional o provincial. A partir de 1951, por más que hubo mayor intervención partidaria superior a la hora de designar autoridades partidarias locales y de imponer políticas, no por ello se produjo necesariamente un mayor distanciamiento entre las bases y los líderes.

Utilizando una terminología en sintonía con la de Juan D. Perón, los líderes locales se posicionaban como sus representantes fieles y auténticos. Pero acompañaban ese embanderamiento con la interpelación a los ciudadanos locales, en base al conocimiento de sus problemáticas específicas. De manera tal que la capacidad de los líderes locales para definir su posición en relación a las bases y a Juan D. Perón jugó un papel central, lo que conduce, a nuestro criterio, a que puedan ser denominados como la "tercera línea peronista". Es decir, fueron figuras con arraigo local que, aunque en general no mantuvieron una relación tan directa con Perón, capitalizaron su respaldo y mantuvieron cierta capacidad de iniciativa.

Los liderazgos locales encuadraban en los moldes socio-políticos locales, por lo que es posible

identificar algunas particularidades. En Pergamino, una sociedad politizada y con una antigua tradición gremial, dentro del peronismo descolló Diego García. Dueño de un carácter vehemente y apelando a su pasado obrero y a su actuación sindical, García se erigió como un representante del mundo trabajador. A la vez, construyó su legitimidad en base a vínculos supra locales y a su lealtad a Perón y Mercante, su experiencia gubernamental, su favorable imagen pública a través de la prensa y su control de la estructura partidaria. Pero su insistencia por preservar su capacidad de iniciativa constituyó un desafío para sus aspiraciones, lo cual impulsó su desplazamiento por las autoridades provinciales. En Coronel Pringles, Antonio Scavuzzo fue el líder político peronista que acumuló mayor prestigio e inspiró mayor respeto tanto entre sus seguidores como en sus opositores. Moderado y hostil a la confrontación y los absolutos (en una localidad que también los objetaba) actuó para formar un frente político más amplio que el exclusivamente gremial y manifestó una intensa lealtad a las autoridades provinciales y nacionales, por lo que no constituyó una amenaza. Por su parte, el peronismo chascomunense no contó con líderes políticos capaces de captar amplio respaldo popular (al menos hasta 1954), puesto que no tenían una reconocida trayectoria política ni reconocimiento social. En una sociedad muy politizada, con un débil arraigo gremial y con una hegemonía radical, los líderes peronistas tenían una base de poder sindical muy restringida y eran asociados más a una lucha inescrupulosa por el poder que a la defensa del bien común.

De este modo, los elementos específicamente socio-políticos locales proporcionan claves para comprender la construcción de liderazgos locales. El simple determinismo economicista y la sola apelación a Perón no alcanzan a explicar las preferencias electorales, pues de ninguna manera puede ignorarse la relación entre el prestigio y sus soportes sociales en un lugar y en un momento dados. El peronismo arraigó en aquellos distritos rurales en los que contaba con figuras locales legitimadas en el pago chico. Aunque a veces se torna difícil discernir si la legitimidad es previa o posterior a la “conversión” peronista, creemos que hay elementos suficientes que demuestran que el reconocimiento social, ligado al carisma, era fundamental para los dirigentes. Vemos aquí cómo lo social se plasma en la arena política.

Notas

(1) Las hipótesis populistas plantean la existencia de un lazo directo e inmediato que existió entre Perón y las masas. El liderazgo carismático de Perón, sin mediaciones ni institucionalizaciones, logró acceder y ejercer el poder captando un gran número de seguidores en principio desorganizados a través de beneficios simbólicos y materiales.

(2) La perspectiva microanalítica reduce la escala de observación de los fenómenos. Aborda aspectos diversificados de la experiencia social y resalta especificidades, delineando un abordaje más holístico que tiende a enriquecer los análisis (entre otros, Levi, 1994; Revel, 2005).

(3) Este trabajo forma parte de otro más amplio. La selección de las localidades de Chascomús, Coronel Pringles y Pergamino se efectuó conforme al interés especial en dar cuenta de la construcción del poder político peronista en localidades del interior bonaerense, alejadas de los centros de poder y carentes del perfil industrial que caracterizó al conurbano. Además, sus distintos perfiles socio-productivos (Chascomús era un partido básicamente tambero, Pergamino cerealero y Coronel Pringles ganadero y cerealero), niveles de politización y conflictividad social (ambas estaban muy desarrolladas en Pergamino, la primera en Chascomús y ninguna en Coronel Pringles) y resultados electorales (mientras que en Pergamino y Coronel Pringles el peronismo triunfó rápidamente, en Chascomús se mantuvo la hegemonía radical) fueron criterios que han inspirado la elección, así como la disponibilidad de fuentes.

Bibliografía

Aelo, O. (2004). Apogeo y ocaso de un equipo dirigente: el peronismo en la provincia de Buenos Aires, 1947-1951. *Desarrollo Económico*, N° 173, pp. 86-106.

Aelo, O. (2005). Elites políticas en la provincia de Buenos Aires: peronistas y radicales en las elecciones de 1948. E Rein, R. y Sitman, R. (Comps.). *El primer peronismo: de regreso a los comienzos* (pp. 183-210) Buenos Aires: Lumiere.

Béjar, M. (2005). *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bobbio, N., Matteucci, N. y Pasquino, G. (Dirs.) (2005). *Diccionario de Política*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Bourdieu, P. (1989). A representacao politica. Elementos para uma teoria del campo politico. En *O Poder Simbólico*. Lisboa: Difel. Citado en Scotto, G. Campaña callejera: candidatos y biografías. En Rosato, A. y Balbi, A. (Eds.) (2003). *Representaciones sociales y procesos políticos*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.

Bourdieu, P. (1998). *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

Dahl, R. (1968). *Análisis sociológico de la política*. Barcelona: Editorial Fontanella.

De la Torre, C. (2008). ¿Por qué los populismos latinoamericanos se niegan a desaparecer? *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 19, N° 2, pp. 7-28.

Diccionario Biográfico de la provincia de Buenos Aires (1954). Buenos Aires: "C" Signo Editorial Argentino.

Ferrari, M. (2010). *Resultados electorales y sistema político en la Provincia de Buenos Aires (1913-1934)*. La Plata: Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires.

- James, D. (2004). *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial.
- Levi, G. (1994). Sobre Microhistoria. En: Burke, P. (ed.). *Formas de hacer historia* (pp. 119-143) Buenos Aires: Alianza.
- Levitsky, S. (2001). Una “des-organización organizada”: organización informal y persistencia de estructuras partidarias locales en el peronismo argentino”. *Revista de Ciencias Sociales*, N° 12, pp. 7- 62.
- Macor, D. e Iglesias, E. (1997). *El peronismo antes del peronismo. Memoria e Historia de los orígenes del peronismo santafesino*. Santa Fe: Centro de Publicaciones de la UNL.
- Macor, D. y Tcach, C. (Eds.). (2003). *La invención del peronismo en el interior del país*. Buenos Aires: UNL.
- Marcilese, J. (2004), La construcción de los liderazgos locales en el peronismo bonaerense frente a la verticalidad partidaria. Una aproximación al tema a través del caso bahiense (1949-1955). *Cuadernos del Sur. Historia*, N° 33, Departamento de Humanidades, UNS.
- Marcilese, J. (2007). El poder judicial bonaerense en los años del primer peronismo. De la autonomía a la dependencia. *Estudios Latinoamericanos de América Latina y el Caribe*, vol. 19, N° 2, pp. 69-96.
- Marcilese, J. (2008). La dinámica interna del Partido Peronista bahiense a partir del análisis de sus “áreas de incertidumbre” (1946-1952). Ponencia presentada en las *Terceras Jornadas sobre la política de Buenos Aires en el siglo XX*, La Plata, 28 y 29 de agosto.
- Marcilese, J. (s/f). Las asociaciones profesionales bonaerenses durante los años del primer peronismo. Una aproximación al tema a través del caso de Bahía Blanca. Disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/jornadas/marcilese.pdf> Consultado el 5 de septiembre de 2010.
- Martín Rojo, L. (1996). *El orden social de los discursos*. Discurso.
- Melón Pirro, J. (1994). La ley Sáenz Peña de Ugarte, o el éxito de la reforma conservadora en la Provincia de Buenos Aires. En: Devoto, F. y Ferrari, M. (Comps.). *La construcción de las democracias rioplatenses: proyectos institucionales y prácticas políticas, 1900-1930* (pp. 113-125) Buenos Aires: Biblos.
- Michels, R. (1991). *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Mills, C. (1993). *La elite del poder*. México: FCE.
- Mosca, G. (2002). *La clase política*. México: FCE.

Mustapic, A. M. (1987). El Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires ante la intervención federal y la competencia democrática: 1917-1928. *Documento de Trabajo*, N° 95, Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.

Panebianco, A. (1990). *Modelos de partido organización y poder en los partidos políticos*. Madrid: Alianza.

Plotkin, M. (2007). *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Caseros: Universidad Nacional de Tres de Febrero.

Puiggrós, A. (Dir.) y Bernetti, J. (1993). *Peronismo: cultura política y educación (1945-1955)*. Buenos Aires: Editorial Galerna.

Quiroga, N. (2008). Las Unidades Básicas durante el primer peronismo. Cuatro notas sobre el Partido Peronista a nivel local. **Nuevo Mundo Mundos Nuevos**, Debates. En línea.

Rein, R. (1998). *Peronismo, populismo y política. Argentina 1943-1955*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

Rein, R. (2006). *Juan Atilio Bramuglia. Bajo la sombra del líder. La segunda línea de liderazgo peronista*. Buenos Aires: Lumiere.

Rein, R. (2008). Los hombres detrás del hombre: la segunda línea de liderazgo peronista. *Araucaria*, vol.10, N° 19, pp. 78-92.

Restaino, R. (1995). *Historia del Partido de Pergamino*. Pergamino: Ed. El Pan de Aquí.

Revel, J. (2005). Microanálisis y construcción de lo social. En: *Un momento historiográfico: Trece ensayos de historia social (pp. 141-160)* Buenos Aires: Manantial.

Revista de Ciencias Sociales (2010), Segunda época, N° 17, Universidad Nacional de Quilmes.

Rock, D. (1992). *El radicalismo argentino, 1890-1930*. Buenos Aires: Amorrortu.

Salomón, A. (2009). El peronismo en Pergamino. Entre el faccionalismo, el dirigismo selectivo y el verticalismo (1945-1953). En: Panella, C. (Comp.). *El gobierno de Domingo Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial (pp. 129-155)* Tomo IV, La Plata: Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires "Dr. Ricardo Levene."

Sautu, R. (Comp.) (1999). *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Lumiere.

Walter, R. (1985). *La provincia de Buenos Aires en la política argentina, 1912-1943*. Buenos Aires: Emecé.

Weber, M. (1992). *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. Buenos Aires: FCE.

Williams, R. (2001). *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.

Zanatta, L. (2008). El populismo, entre religión y política. Sobre las raíces históricas del antiliberalismo en América Latina. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 19, N° 2, pp. 29-44.

Fecha de recibido: 21 de abril de 2011.

Fecha de aceptado: 15 de septiembre de 2011.

Fecha de publicado: 7 de noviembre de 2011.

URL: www.mundoagrario.unlp.edu.ar